

tituye a las cosas y que el trocear y volver a pegar no bastan para deshacer, se revelen, se desplieguen, más allá de los primeros momentos de sorpresa superficial; y como, advertido de la finitud, el símbolo es más interior a la vida que el concepto, se trata de reencontrar en esas afinidades descubiertas y meditadas y comprendidas, los trazos de una arquitectura posible del estar en el mundo, reducido a sus necesidades más simples, las que se alimentan del solo hecho de ser reconocidos. Una forma de existencia fácilmente cegada y desnortada. Una cristalización en el espíritu, como dice Octavio en su comentario de los *collages*. La sístole y la diástole reunidas de nuevo: una obra que late como un corazón.

Entre estas afinidades destaca una, que es quizá la clave, además de una aportación en extremo natural y directa, y casi específica del arte del *collage*, cuando adquiere conciencia de los dos niveles de su verdad potencial. Por una parte, posee la capacidad de indicar, gracias a la armonía de la forma de las figuras desmigajadas, la dirección, el sentido de lo intemporal; por otra, es un hecho también, si no el principal, que, observando estos recortes y su delicado juntarse, realizado a menudo en papel usado, de colores desvaídos o en trance de desvaírse, el artista y nosotros con él se ve obligado a cobrar conciencia de la precariedad de los materiales, de su sujeción al tiempo destructor: barro, en suma, sobre el que se construye el pensamiento, además del tiempo. Intemporalidad y precariedad: dos indicaciones seguramente divergentes, a primera vista. Pero ¿acaso no sabemos, a veces, que lo intemporal no es más que una ilusión cuando olvidamos el trabajo del tiempo en la vida, el peso de los límites en nosotros, la finitud? ¿Y que sólo entregándonos con alegría de corazón a esa devastadora duración, y percibiendo entonces las verdaderas condiciones de la vida, pero también sus poderes, podremos acceder a los instantes de conciencia, más allá del tiempo de los relojes: instantes que serán la única intemporalidad que tenga precio? Hay una afinidad esencial entre lo absoluto y el instante: los dos beben en las fuentes del otro: el frágil papel del *collage* le ofrece a la forma la posibilidad de trascenderse, hasta lo invisible. Esto es lo que les enseñaron a Marie José y Octavio Paz las imágenes de voz discreta, pero lúcidas, a las que se asomaron juntos.

*Traducción de Eduardo Moga*



Carpentier en París